

## **Yeltsin y la transición rusa**

**Por**

**Jorge A. Sanguinety**

La muerte de Boris Yeltsin, el hombre que le dio el golpe de gracia a la Unión Soviética y abrió el camino hacia la democracia en Rusia, nos ofrece una oportunidad para reflexionar sobre la naturaleza de las sociedades totalitarias. Lo primero que hay que destacar es la contradicción inherente a estas sociedades y que radica, por un lado, en la centralización extrema de todos los poderes en unas pocas manos y por el otro, en lo vulnerable que dichas sociedades son a un colapso total. Efectivamente, hasta que Mikhail Gorbachev no comienza a desatar el nudo gordiano del Leviatán comunista, el aparato estatal soviético se nos presentaba como una masa sólida, inexpugnable e impertérrita a todo clamor de cambio, destinada a someter al ser humano a una eterna mediocridad e intrascendencia. Todavía es difícil concebir cómo virtualmente un solo hombre pudo ocasionar el derrumbe de semejante estructura.

Por muchas décadas, la Unión Soviética se mantuvo en un estado de equilibrio estable. Desde la revolución bolchevique, el sistema sobrevivió un gran número de crisis, como la muerte y sucesión de Lenin, las guerras internas, la expropiación de los kulacks, las purgas de Moscú, la invasión nazi y la propia muerte y sucesión de Stalin. A pesar de los muchos choques desestabilizadores, la todavía no bien explicada estabilidad del sistema lo mantuvo en equilibrio. En un estudio serio y profundo de esa estabilidad, creo que habría que enfocarse en no sólo la concentración de poder, sino muy especialmente en la concentración de la organización del gobierno frente a la casi total falta de organización de las masas. Por supuesto, la represión juega un papel esencial en el mantenimiento del equilibrio estable, pues su objetivo es precisamente evitar que aparezca y se desarrolle toda iniciativa de organización que no esté estrictamente controlada por los poderes centrales.

Pero la estabilidad del sistema, aunque puede durar muchos años, depende del mantenimiento ininterrumpido de la represión que no puede durar eternamente, pues los que ostentan el poder centralizado no son dioses inmortales. Tarde o temprano vendrá alguien que cansado del estancamiento crónico y la decadencia de esa sociedad querrá introducir algunas mejoras aunque sean marginales, lo cual no es posible hacer sin relajar las fuerzas represivas existentes.

Eso fue lo que hizo Gorbachev. Al querer cambiar el sistema alteró la estabilidad de un equilibrio que sólo se mantenía por la fuerza. Posiblemente no comprendió las consecuencias de lo que estaba haciendo. Comenzó por modificar el discurso en un intento de salvar lo utópico del sistema para hacerlo más flexible y eficiente, para sacarlo de su parálisis. Y sin saberlo, debilitó las fuerzas que lo mantenían en equilibrio porque no se podía ganar en flexibilidad sin aumentar un mínimo los grados de libertad de los

ciudadanos. Fue como una reacción en cadena. La ironía del proceso consistió en que al tratar de salvar al marxismo leninismo mediante una ilusoria humanización, abrió una grieta por donde entrarían las fuerzas que lo desestabilizaron, lo cual aprovechó Yeltsin para darle el empujón que lo desintegraría.

Son pocos los observadores que han comprendido la inmensidad de la desaparición de la Unión Soviética y aun menos los que aprecian sus lecciones e implicaciones. Vladimir Putin reconoció hace poco que el fenómeno era la mayor catástrofe política del Siglo XX pero lo dijo como si hubiera sido algo indeseable. No obstante, indagar en sus causas es necesario para tratar de comprender los factores que conforman los regímenes totalitarios y que los hacen durar el tiempo suficiente para causar daños y sufrimientos sin paralelo. Sólo tengamos en cuenta que los tres totalitarismos del Siglo XX, el soviético, el nazi y el maoísta, le costaron a la humanidad cerca de un centenar de millones de vidas.

¿Y qué hacemos con toda esta disquisición? Bueno, en primer lugar aplicarla a otros países, por ejemplo a Cuba primero porque es la que más sufre de la estabilidad del totalitarismo y a países como Venezuela, que pueden estar en camino de una desgracia similar. En el caso de Cuba se puede decir que con la avanzada edad del que concentra todo el poder, moribundo o no, el país se acerca a un cambio que puede alterar el equilibrio estable en que se encuentra. Cada vez hay más indicaciones de que los cubanos, aún cuando no pueden organizarse todavía, están más que listos para un cambio radical. A diferencia de la Unión Soviética, el menor tamaño de Cuba permite pensar que un empujón desequilibrador pudiera venir desde afuera, pero los que tienen la fuerza para hacerlo temen demasiado las consecuencias y están ocupados con otros menesteres de mayor prioridad. Eso deja a los cubanos solos con su desgracia y puede que en su soledad algunos hayan aprendido que hay que dejar de lado diferencias personales y unir fuerzas para cambiar el sistema desde adentro.

Al morir Yeltsin vemos que en Rusia sigue la lucha entre las fuerzas que tienden a organizar una nueva tiranía y las fuerzas democráticas que tratan de impedirlo. Es la lucha entre dos formas de organización. Creo que es la Ley de Entropía la que explica que es más fácil alcanzar la organización para el totalitarismo que la organización para la democracia. Yo creo que los que creen en la democracia tienen que acabar de comprender esto para que sus principios prevalezcan.

Arlington, VA, 9 de mayo de 2007